

Si te vuelvo a encontrar

Ludmila Alcaraz

Image not found.

## Capítulo 1

Esa mañana desperté con una sola pregunta en mi cabeza ¿qué sucedería si lo encontrase por la calle? Intenté quitarla de mis pensamientos, más de un año lejos de él deberían ser suficientes para quitar esas absurdas ideas de mi alborotada cabeza. Para alejar aquellos pensamientos de mí volví a lavar mi cara. Salí hacia la pequeña sala de estar, me miré en el espejo de medio cuerpo antes de salir alisando mi falda gris con las manos y salí sin mirar mi rostro o cabello.

Caminé hacia el café donde debía encontrarme con Sebastián con paso un poco acelerado mientras mi cabeza revoloteaba entre recuerdos y horas de sueños mal dormidas o hasta no dormidas. La imagen del rostro de la persona que tanto daño me había hecho se mezclaba con la de algún transeúnte de las calles de la ciudad de Mendoza, tantas veces había confundido a un extraño con él pensando que estaba allí frente a mí, tantas veces se me había cortado la respiración pensando que sus ojos y su sonrisa estaban frente a mí viviendo su vida como si nunca hubiese sucedido nada. Aquel chico de cabello oscuro y piel morena había sacado lo peor de mí con un solo acto egoísta, había destrozado sueños y planes de vida, hecho polvo una débil confianza en mí misma y en los demás.

Estando cerca del café decidí eliminar esos pensamientos para no mostrarle una mala cara a mi amigo, al llegar, Sebastián esperaba en la misma mesa de siempre. En ese momento levantó su rostro para encontrarse conmigo toda despeinada por el viento que soplaba fuera. Levantó la mano llamando a una mesera para pedirle nuestro habitual café y con otro movimiento me llamó a sentarme frente a él.

—Te ves fatal —me dijo gracioso levantándose para saludarme.

—Gracias gran amigo —contesté sarcástica—, dos semanas sin dormir hacen que te veas fatal por si no lo sabías. Pero conseguí llegar a más de la mitad de mi libro. El insomnio suele ayudarme, a veces.

—Entonces pronto verá la luz ¿o hay que esperar más? —preguntó haciendo espacio para que la mesera sirviera nuestro café y le agradeció con un gesto hecho con su cabeza.

—Un poco más, últimamente tengo problemas con escribir en un horario debido —estiré mi cara con mis manos tratando de quitar el cansancio de ella—. Se siente como si cada hora dormida fuese multiplicada pero en horas de insomnio.

—Otra vez él ¿verdad? —interrogó preocupado—. Si tan solo pudiese ayudarte —comentó sabiendo que era sólo yo quien podía acabar con eso—. Pero cambiemos de tema ¿tenés alguna historia corta para

publicar?

—Sabes que sí —contesté de mala gana al escuchar por enésima vez la misma pregunta.

Cada vez que mi libro salía a conversación él preguntaba por alguna historia pero nunca terminaba su idea, pensaba unos minutos en silencio y luego cambiaba de tema.

—Que bueno porque mañana debes llevar una a la revista —dijo como si nada mostrando sus dientes al sonreír.

Mi cara de asombro debió ser grande porque luego soltó una gran carcajada y de nuevo su gran sonrisa. Esa sonrisa que podía sacarte de encima todas las malas sensaciones y emociones que provocaba un mal día.

—No puedo creerlo, hay tantas. Ya quiero verlas publicadas —comenté moviendo mis manos rápidamente como cuando tenía cinco años y esperaba a que me dieran un caramelo media hora. Caramelo que todos odiaban y todavía odian pero yo amo.

—Entonces deberías ir a casa a elegir cuál será la primera —me animó dulcemente—. Por mi parte voy al trabajo sino llego tarde —dijo mirando su reloj de pulsera metálico.

—Perdón por no haber llegado más temprano —me disculpé aún con rastros de mi sonrisa y un poco de sueño.

—No te preocupes, espero verte mañana en el trabajo.

Se levantó de su silla después de darle el último sorbo a su café y se despidió con el beso en la mejilla acostumbrado. Mi día comenzaba a mejorar, mi año comenzaba a mejorar. Pero mi vida se basa en una sola cosa: si sucede algo bueno ten por seguro que sucederá algo malo por partida doble, y al verlo sentado en aquella mesa corroboré que así era.

## Capítulo 2

Entonces pude responder aquella pregunta que me llenó de insomnio por semanas al ver sus ojos marrones clavarse en los míos. Su rostro mostrando suaves rastros de asombro y de duda me hacía caer a la realidad, él continuaba caminando por la ciudad yendo y viniendo haciendo que las posibilidades de un reencuentro fuesen factibles.

—Vanesa —en aquel momento no supe si su voz temblaba o mi nombre había salido de su boca como pregunta.

—Tomás —su nombre salió firme de mis labios aunque por dentro hubiese un caos.

Se quedó en silencio un momento terminando de levantarse de su silla y fue en ese momento que descubrí a dos amigos suyos sentados en la misma mesa que nos miraban a los dos sin saber que podría pasar.

—Ha pasado tiempo —comentó parándose frente a mí mirándome como si fuese algo desconocido, algo nuevo para él—, cambiaste tu look.

—Solo lo recorté un poco y cambié mi jopo por un flequillo recto —respondí sin mucho entusiasmo.

—Te ves bien así —sabía que él no tenía la más mínima idea de qué decir, nunca había sido bueno con las palabras. Quizá por eso las cosas resultaron así.

—Gracias, tengo que disculparme pero tengo cosas que hacer.

—Sí, andá —yo comencé a irme y le tomó unos segundos pronunciar sus siguientes palabras—. Fue lindo volver a verte.

Al igual que cuando nos conocimos nunca estaba preparada para las cosas que él decía sin pensar, pronuncié un gracias casi inaudible y al salir sentí un suspiro de su parte y el murmullo que provocaban sus amigos hablando, entonces comenzaron a nublarse mis ojos. Muy dentro sabía que lo había dicho por no saber qué otra cosa decir pero había contestado otra de mis preguntas: si te vuelvo a encontrar ¿te alegrará verme otra vez?

Un año y tres meses, eso había leído, tomaba ese tiempo olvidar a alguien a quien amaste. Desde un principio supe que era una enorme estupidez, pero me había aferrado tanto a la idea de que se fuera de mí en un tiempo concreto que al escucharlo otra vez mi ilusoria fuerza se desmoronó rápidamente. Tomás había sido mi debilidad desde el momento en que nos conocimos, sus ojos y su sonrisa enmarcada por un

rostro marcadamente masculino que a su vez transmitían una especie de dulzura y ternura podrían hacer que hasta al más lucido ser se perdiera. Inteligentemente podía lograr lo que quería con un simple movimiento de sus labios y esa risa un poco seca. Obviamente todo era una máscara para lograr su cometido, en el fondo era un niño necesitado de amor y ternura, algo que intenté darle pero ya era tarde, estaba acostumbrado a la falsedad tan recurrente en el trato de los demás hacia él.

Volví a casa para revisar mis historias, buscando y rebuscando en papeles y archivos guardados cuidadosamente, algunos, y otros que habían sido escritos al azar y dispersados por el departamento. Había historias por doquier y cada una me parecía peor que la anterior, las palabras parecían estar todas en el lugar equivocado, las ideas mal formadas y los personajes eran sosos. Todos mis "trabajos" me parecían ir de mal en peor intentando demostrarme que no podría hacerlo.

Luego de buscar un poco más entre mis cosas una carpeta roja apareció en el cajón del modular de la sala de estar. Meses atrás había escondido aquel folio junto con algunos dibujos y recortes, estaba llena de cosas inexistentes ahora: un amor muerto, planes destrozados y algunas historias escritas para "inmortalizar" algo que pensaba eterno. Allí cinco o seis tramas diferentes contaban de una forma u otra el encuentro fortuito de dos personas que sin saberlo llegarían a unir sus vidas más de lo que pensaban, todas y cada una basadas en la forma tan peculiar y simple a la vez en que Tomás y yo nos conocimos. Releí todos esos recuerdos, tan marchitos a esas alturas y elegí la primera escrita para nosotros dos.

## Capítulo 3

Las oficinas de la revista donde trabajaba Sebastián estaban en el tercer piso de un edificio construido en los noventa. Por fuera parecía congelado en la época pintado de un color beige pálido, varias ventanas escuadradas con relieves simulando columnas, algunas con cortinas que variaban según el piso donde se encontraban. La puerta de entrada era completamente de vidrio con las acostumbradas manijas de madera con tornillos dorados bien pulidos, tras ellas se podía ver algunas habitaciones y dos ascensores, en la pared izquierda un letrero dorado indicaba cada piso y qué lo ocupaba. Claramente pude ver en él:

"Tercer piso: oficinas revista Diversos.  
Cuarto piso: impresoras revista Diversos."

Tomé un poco de aire y subí al ascensor de color gris metálico, apreté el botón tres en relieve y del mismo color y esperé a que se detuviera en el piso indicado. Miré mi reflejo algo distorsionado por el material del que estaba hecho el lugar y acomodé un poco mi cabello para estar lo más presentable en mi entrevista. Unos minutos después estaba en una especie de recepción con algunos sillones para una persona y un escritorio tan alto que tapaba a la persona que pensaba estaba detrás de este. Me acerqué y allí se encontraba una chica rubia con traje de color negro que al verme me sonrió e invitó a tomar asiento cuando le expliqué la razón por la que estaba allí.

Las hojas impresas casi cayeron al piso de mármol de la recepción, cuando la secretaria del editor de la revista me invitó a ingresar a la oficina de su jefe. La rubia me guió hacia la primera de las tres oficinas personales que había mientras sonreía al ver mi notorio nerviosismo.

—No te preocupes, el jefe es un buen hombre. Mi entrevista no fue tan mala y eso que cometí muchos errores por culpa de los nervios —rio bajo—. Es acá, buena suerte.

—Gracias —le respondí mientras ella me abría la puerta.

Adentro el hombre de poco más de cincuenta años hizo un ademán invitándome a tomar asiento en la silla frente a él. Me miró un poco serio pero sin dejar de parecer accesible mis manos comenzaron a sudar frío al ver sus ojos clavados en mí hasta que por fin oí palabras salir de su boca.

—Por fin nos conocemos —comentó haciendo su cuerpo hacia adelante junto con su silla—, Sebastián me aseguró que no me arrepentía de leer sus escritos.

—Espero que así sea —dije lo más tranquila que pude—, para empezar traje esta historia de un capítulo único —deslicé el paquetito de hojas sobre la mesa que hombre tomó entre sus manos—. Sebastián pidió me pidió una historia corta y esta es la más corta.

Me miró y tomó los papeles, luego de unos minutos leyendo en silencio me miró y negó suavemente con la cabeza.

—Me habían asegurado que no me arrepentiría de leer tus escritos que serían algo nuevo y refrescante, pero vaya que se han equivocado señorita. Ésta historia está repleta de cliché —comentó mirándome serio.

Se quedó en silencio mirándome esperando mi respuesta pero mis labios se sentían entumecidos. Había tomado una mala decisión nuevamente.

—No es mi culpa que mi vida sea un cliché y que Tomás fuese el mayor cliché de mi aburrida vida —pronuncié despacio y suficiente fuerte como para que el que podría ser mi jefe oyera con dificultad. Solo para luego arrepentirme por tan inmadura reacción.

—Eso es lo que quiero en mis empleados, historias reales —sonrió—. Porque son personas reales que se basan en sus vivencias pero son capaces de crear algo nuevo y convertirlo en algo mejor. Contratada muchacha.

Una sonrisa se dibujó en su rostro y el mío, había logrado mi objetivo, sería publicada por primera vez en una revista. Mis días de desempleada/escritora anónima habían acabado. Mis problemas con el amor habían comenzado. Hoy más que nunca sé que todo comenzó al ver a Tomás en aquel café.